

Alvarenga Venutolo, Patricia. *Identidades en disputa: las reinenciones del género y de la sexualidad en la Costa Rica de la primera mitad del siglo XX*. San José, Costa Rica, Editorial de la U.C.R. 2012. 347 p.

La disputa olvidada

Resumen

En este artículo comento el libro de Patricia Alvarenga “Identidades en disputa. Las reinenciones del género y de la sexualidad en la Costa Rica de la primera mitad del siglo XX” y, a la luz de sus aportes, planteo una posible reinterpretación del pacto que dio origen al Estado Social costarricense.

Abstract

In this article I analyze Patricia Alvarenga’s book “Identities in dispute. The reinvention of gender and sexuality in the first half of the XXth century in Costa Rica” and, in the light of its contributions, I propose a reinterpretation of the social pact which gave birth to the Costa Rican Social State.

Palabras clave:

Identidad, género, sexualidad, contrato social, modernidad, partidos políticos, sindicatos

Keywords:

Identity, gender, sexuality, social contract, modernity, political parties, unions

En el libro “Identidades en disputa. Las reinenciones del género y de la sexualidad en la Costa Rica de la primera mitad del siglo XX”, Patricia Alvarenga nos invita a hacer un *revuelo* del pasado, en dos de sus acepciones: como un segundo vuelo sobre el discurso historiográfico; y en el sentido de causar agitación sobre aquello que la tinta impresa dejó de bajo perfil o bien guardado en el *desván, junto con la loca de la casa*.

Porque este extensivo trabajo documenta, con una mirada epistemológicamente ampliada gracias a los aportes del feminismo y del post estructuralismo -pienso en Gayle Rubin, Michel Foucault y Judith Butler-, cómo en aquella Costa Rica del período 1900-1950, agitada por el empuje de la modernidad, sus habitantes afirmaron, desestabilizaron y reinventaron las identidades y los sentidos comunes sobre los géneros y las sexualidades, tanto como lo hicieron con aquellos relativos a la propiedad, el salario y la justicia social, aunque, en la historiografía costarricense, estos últimos son los que predominaron.

A través de una relectura de fuentes primarias, de periódicos, revistas y de obras literarias de la época, la autora recupera y documenta el debate cultural que protagonizaron, por una parte, hombres y mujeres anarquistas, liberales y comunistas que quisieron llevar el impulso de la modernidad hasta el fundamento mismo del orden social, es decir, para proclamar el reino de la libertad también para las mujeres y las personas con identidades no heterosexuales y, por la otra, quienes principalmente desde el liberalismo, el comunismo y el catolicismo -con el que comulgaron los dos primeros-, abogaron por mantener el *statu quo* en este terreno.

La autora expone, en otras palabras, el triunfo del interés masculino hegemónico, independientemente de la clase social, en cuanto a afirmar el binarismo sexual y de género en ese debate cultural que abrió temporalmente la sociedad moderna; ilustra los discursos mediante los cuales, a la ampliación de la vida social, a las “tentaciones” de la urbe, a la apertura de nuevas identidades posibles, al empuje de la secularización, se terminó imponiendo la homogenización y normalización de las identidades sexuales

y de género en el Estado nación moderno costarricense, particularmente a través de la re-asimilación de los sectores subalternos.

Este análisis de Patricia Alvarenga encuentra una vez más, por ejemplo, que en tiempos de cambio, cuando el debate se atreve a poner en cuestión no solo el problema de la desigualdad económica, sino del orden sexual sobre el que se fundamenta la vida social, aparece siempre el eje discursivo de *la contaminación versus el orden*, del peligro de contagio versus la higienización. La metáfora de la sociedad como un cuerpo colectivo acechado por enfermedades y epidemias, se vuelve metonímica.

En los discursos que redescubre la autora, la modernización es percibida, principalmente desde los hogares obreros y de los sectores subalternos, como una amenaza a la familia patriarcal, que es fundamento de la ciudadanía costarricense.

Pero, ¿qué es lo que se ha liberado en la ciudad moderna, lo que anda suelto por allí, desestabilizante? Se trata de las mujeres, que ahora pululan por los espacios públicos, que salen de los hogares rurales y urbanos para ir a trabajar en las fábricas –las misógicamente llamadas “obreritas”, como ha mostrado también Virginia Mora (1998a)-, y como empleadas domésticas. Ellas son vistas como potenciales prostitutas y como potenciales vehículos, junto con el alcoholismo, de la degeneración masculina obrera. De allí que tuvieron que ponerse a prueba en los concursos de “belleza moral” identificados por Virginia Mora.

Con la modernidad, nos dice Patricia Alvarenga, se produce un tránsito de la mujer como víctima de la seducción masculina -por ejemplo, mediante la ancestral práctica del rapto, documentada en diversas culturas-¹, a ser la culpable de caer en la seducción, por permitirse probar las libertades y extravagancias de la sociedad de consumo.

¹ Sobre el derecho del rapto o de aféresis en la antigüedad clásica, puede revisarse a Leduc (2000) y a Lissargue (2000). Por su parte, Meillaseux (1978) documenta la función del rapto de mujeres en comunidades africanas.

Y ¿qué es lo que se encuentra amenazado? El honor masculino principalmente obrero y de los sectores subalternos.

En mi lectura, lo que es puesto en cuestión por la expansión de la sociedad burguesa es el poder de estos hombres de poseer, controlar dentro del espacio doméstico e intercambiar, mujeres, que es lo que en primera instancia define el honor patriarcal y presuntamente “dignifica” a la masculinidad frente a la condición subordinada de lo femenino.

No es solamente que el burgués tenga, sobre el obrero con su incipiente salario, la ventaja de que su capital sí le permite cumplir la función del proveedor familiar y, con ello, pueda retener el control sobre la domesticidad de las mujeres de su clase, esto es, que para el burgués sí pueda cumplirse el ideal moderno del binomio *hombre proveedor/mujer “ama de casa”*, ambos confortablemente asegurados por el trabajo gratuito de mujeres en el hogar de la familia nuclear. Es también que, con el desarrollo capitalista, el control de los obreros sobre las mujeres de su clase se ve disminuido por el hecho de que, al salir a trabajar en fábricas, casas o talleres, ellas pueden atisbar las mieles de la autonomía económica, de una vida en otra parte, y así dejar de comprometerse con el aseguramiento esperado de las esposas y madres obreras.

Esta queja de la masculinidad obrera herida y esta faceta del debate de la modernidad, no solo no es secundaria, sino que se encuentra en el origen mismo de la lucha comunista. Me recuerda, por ejemplo, a la promesa sexual que hace, para los proletarios, el *Manifiesto del Partido Comunista*, de Carlos Marx y Federico Engels (2003), cuando naturaliza el control patriarcal sobre las mujeres, incluso en el paraíso comunista:

“¿En qué bases descansa la familia actual, la familia burguesa? En el capital, en el lucro privado. La familia, plenamente desarrollada, no existe más que para la

burguesía; pero encuentra su complemento en la supresión forzosa de toda familia para el proletariado y en la prostitución pública (...).

Las declamaciones burguesas sobre la familia y la educación, sobre los dulces lazos que unen a los padres con sus hijos, resultan más repugnantes a medida que la gran industria destruye todo vínculo de familia para el proletario y transforma a los niños en simples artículos de comercio, en simples instrumentos de trabajo.

(...) Nada más grotesco, por otra parte, que el horror ultramoral que inspira a nuestros burgueses la pretendida comunidad oficial de las mujeres que atribuyen a los comunistas. Los comunistas no tienen necesidad de introducir la comunidad de las mujeres: casi siempre ha existido.

Nuestros burgueses, no satisfechos con tener a su disposición las mujeres y las hijas de sus obreros, sin hablar de la prostitución oficial, encuentran un placer singular en seducirse mutuamente las esposas.

El matrimonio burgués es, en realidad, la comunidad de las esposas. A lo sumo, se podría acusar a los comunistas de querer sustituir una comunidad de las mujeres hipócritamente disimulada, por una comunidad franca y oficial.” (Marx et al, 2003, pp. 44-45).

Puede decirse, pues, que hay, en la modernidad, un martirologio del obrero, que es víctima de feminización por el capitalista, y que, a través de su lucha sindical y política, se convierte en el héroe proletario que brega por restituir su masculinidad.

En el caso costarricense, Patricia Alvarenga nos muestra que en la prensa obrera de la primera mitad del siglo XX también hay un proceso de elaboración de una ética y una estética que diferencie a la familia burguesa de la familia proletaria.

Nótese, por ejemplo, el parecido de la queja del *Manifiesto* con la lectura que Manuel Mora hace de las nuevas libertades a que tienen acceso las mujeres de la burguesía: “niñas de bien amanecen borrachas en los bailes aristocráticos, las señoras de bien se

dan el lujo de ponerle cuernos a sus maridos para estar a la moda burguesa” (Alvarenga, 2012, p. 114).

Sea la izquierda europea o la costarricense, es siempre un debate entre hombres, en cuyos discursos se proyecta a las mujeres como víctimas o como amenazas, en el que se las ridiculiza o ensalza en función del honor masculino obrero o del deshonor masculino burgués, pero en el que se descarta su autonomía o protagonismo y, mucho menos, se legitiman sus deseos.

Por otro lado, Patricia Alvarenga explica que, para algunos autores, solo en los últimos años de la década de 1930 el Partido Comunista decidió anclarse en la cultura hegemónica costarricense. Sin embargo, ella encuentra que desde su fundación sus intelectuales “se preocupan por cerrar la profunda brecha abierta, por los proyectos morales alternativos, entre los promotores del comunismo y la sociedad costarricense” (Alvarenga, 2012, p. 102), como ocurrió también en la URSS y en el comunismo internacional.

En estos actores hay, pues, una elección que privilegia la defensa del interés patriarcal, con el ropaje de la lucha de “clases”. E incluso mujeres comunistas, como Carmen Lyra o Luisa González suman sus voces para reasegurar el papel de las mujeres como madres y esposas, aunque ahora lo sean de todo un pueblo y ya no solo de sus propios hijos e hijas.

Los discursos que ya desde entonces se agitaban en favor de los derechos de las mujeres e incluso por las elecciones identitarias no heterosexuales –nos recuerda la autora-, son finalmente clausurados. De modo que en este libro se documenta también la homofobia obrera. A la ética del proletario presuntamente disciplinado y que no pierde el control sobre “sus mujeres”, corresponde también una estética de cuerpos fuertes, firmes y musculosos, que se oponen a los flácidos y endeble, es decir, femeninos, de los poetas que juegan con el rígido binarismo sexual y de género.

Los distintos matices de los discursos sobre las identidades, que Patricia Alvarenga recupera, sirven para preguntarse: ¿en qué consistió, entonces, el acuerdo entre liberales, católicos y comunistas de la primera mitad del siglo XX?

Mi hipótesis es que este pacto permitió sacar de las luchas obreras y subalternas la disputa planteada por las mujeres anarquistas o feministas por extender sus derechos más allá del sufragio, un pacto para erradicar la querrela de las mujeres por retomar el control de sus sexualidades, que continúa hasta el presente. Por el contrario, hay un acuerdo para restituir un piso mínimo de condiciones para que la reproducción masculina obrera, su honor y su masculinidad, puedan preservarse.

Es decir, que la tensión se resuelve mediante el ensalzamiento común –por liberales, comunistas y católicos- de la mujer esposa y madre, aunque en el caso de los obreros y de los sectores subalternos se ha producido esa resemantización de la familia, que ahora ha de incluir a todas las personas desvalidas de la sociedad, como plantea la autora.

Desde mi punto de vista, lo que finalmente se transa, inspirado por el catolicismo, es el lugar que deben ocupar las mujeres en el orden moderno costarricense.

No es casualidad que ese pacto se manifieste en la creación del Patronato Nacional de la Infancia, de la Caja Costarricense del Seguro Social, del Capítulo de las Garantías Sociales.

Comunistas, liberales e Iglesia Católica coinciden en que la “labor cívica” de ellas es convertirse en “madres modernas” bajo la tutoría de la “ciencia” masculina, principalmente de los médicos, como ha mostrado Alfonso González (2005). La maternidad y la paternidad se vuelven misiones de la modernidad. Hoy que están tan de moda las encuestas sobre los estados de ánimo de los países, podríamos decir que la promesa de ese pacto es que, si las mujeres hacen felices a los hogares –

independientemente de la clase social a que pertenezcan esos hogares-, Costa Rica será el país más feliz del mundo.

Entonces, la relectura que Patricia Alvarenga hace del debate cultural en ese período también ayuda a comprender mejor por qué el feminismo liberal sufragista de Ángela Acuña fue un poco más allá que la propuesta socialista de Carmen Lyra y de Manuel Mora para las mujeres. Como se recordará, por los trabajos de Eugenia Rodríguez (2003) e Iván Molina y Steven Palmer (2003) sabemos que, mientras una mujer liberal y de clase alta, como Ángela Acuña, luchó por el sufragio femenino, Carmen Lyra racionalizó esa lucha como contraproducente. Para ella, las feministas representaban una amenaza a la unidad de la clase trabajadora (Alvarenga, 2012, p. 103).

Así, pues, el pacto que finalmente dio origen al Estado Social también posibilitó desechar los avanzados planteamientos de mujeres anarquistas o independientes como Rosa Blanco y Lola Montes sobre temas desestabilizadores como el amor libre y la igualdad plena entre hombres y mujeres, que aún hoy incendian sotanas.

Sin embargo, otro mérito de autora es mostrar la evolución del pensamiento de Ángela Acuña, pues encuentra que, con una visión racista, inicialmente ella consideraba que solo las mujeres nórdicas debían tener derecho al voto, no así las mujeres de tierras tropicales, que no sabrían usar bien sus cabezas. Es posteriormente que Acuña decide luchar por el derecho al sufragio también de las mujeres costarricenses, probablemente luego de que por sus estudios y contacto con las feministas liberales europeas, su pensamiento se expande.

Patricia también hace una relectura de Yolanda Oreamuno, quien encarna a esas mujeres costarricenses que trascendieron los límites que aceptaron las mujeres liberales y comunistas, pero cuyas críticas se dieron siempre en el marco de un feminismo esencial.

Entonces, en mi opinión, el aporte de Patricia Alvarenga es recuperar estas dimensiones relativas a la disputa por las identidades que existieron en el debate de la cuestión social. Este debate generalmente ha sido documentado en torno al eje de la lucha de clases, es decir, centrado en los discursos que proyectaron a los comunistas como promotores de la polarización social y del odio entre clases. Sin embargo, en este libro ella explora y ubica, en la importancia que tuvo, también la rica discusión cultural que se produjo entonces –como ahora-, en cuanto a los decisivos campos de los géneros y las sexualidades.

No es anacrónico, como suele afirmarse en algunos medios académicos para descalificar las críticas feministas, cuestionar el patriarcalismo y el machismo presente en la historia de la izquierda y el sindicalismo de nuestro país –que Joan Scott (2000) también ha documentado para Europa-.

Esta crítica es indispensable para impedir que hoy se repitan los mismos errores y afrentas contra las mujeres, las personas no heterosexuales y, en general, el derecho humano a desafiar los límites que socialmente se imponen a nuestros legítimos deseos.

Se atribuye a Teresa de Ávila, esa mujer del siglo XVI, haber dicho que “la imaginación es la loca de la casa”, entendiendo por imaginación al pensamiento crítico que se atreve a ir más allá de lo aceptado o aparente, que todo lo cuestiona.

Debemos agradecer a Patricia Alvarenga por hacer este revuelo del pasado, por liberar a la “loca del desván” y enriquecer nuestra comprensión de la sociedad que somos ahora.

Bibliografía

- Alvarenga, P. (2012). *Identidades en disputa. Las reinenciones del género y de la sexualidad en la Costa Rica de la primera mitad del siglo XX*. Editorial de la UCR. San José, C.R..
- González, A. (2005). *Mujeres y hombres de la posguerra costarricense (1950-1960)*. Editorial de la Universidad de Costa Rica. San José, C.R.
- Leduc, C. (2000). “¿Cómo darla en matrimonio? La novia en Grecia, siglos IX-IV a. C.” En: Georges Duby y Michelle Perrot, *Historia de las mujeres. 1. La Antigüedad*. Taurus. Grupo Santillana de Ediciones S. A. Madrid.
- Lissarge, F. (2000). “Una mirada ateniense”. En: Georges Duby y Michelle Perrot, *Historia de las mujeres. 1. La Antigüedad*. Taurus. Grupo Santillana de Ediciones S. A. Madrid.
- Marx, C. y F. Engels (2003). *Manifiesto del Partido Comunista*. Mestas Ediciones. Madrid.
- Meillassoux, C. (1978). *Mujeres, graneros y capitales. Economía doméstica y capitalismo*. Siglo Veintiuno Editores S. A. México D. F.
- Molina J., I. (2003). *Educando a Costa Rica. Alfabetización popular, formación docente y género (1880-1950)*.

Editorial Universidad Estatal a Distancia, San José Costa Rica.

Mora C., V. (1998a).

Rompiendo mitos y forjando historia. Mujeres urbanas y relaciones de género en el San José de los años veinte. Tesis de la Maestría Centroamericana en Historia. Universidad de Costa Rica, San José.

Mora C., V. (1998b).

Mujeres, política y ciudadanía. Las reformistas en la campaña electoral de 1923. *Revista de Historia* No. 38, julio-diciembre. Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Rodríguez S., E. (2003)

Dotar de voto político a la mujer. ¿Por qué no se aprobó el sufragio femenino en Costa Rica hasta 1949? Serie Cuadernos de Historia de las Instituciones de Costa Rica, 2. San José. Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Scott W, J. (2000).

“La mujer trabajadora en el siglo XIX”. En: *Georges Duby y Michelle Perrot. Historia de las Mujeres. El siglo XIX, cuerpo trabajo y modernidad.* 4 (pp.427-461) Taurus. Grupo Santillana de Editores S.A. Madrid.

María Flórez-Estrada Pimentel
maria.florez-estrada@ucr.ac.cr
mflorezestrada@racsa.co.cr

